

7. EL TESTIMONIO DE LOS SABIOS

Existen almas puras que han alcanzado la paz y la grandeza. Como la llegada de la primavera, traen el bien a la humanidad. Habiendo cruzado ellos mismos el terrible océano del nacimiento y la muerte, ayudan a los demás a cruzarlo, sin ningún motivo en absoluto. (Shankaracharya)

Hoy en día es el hombre común quien marca la pauta de la humanidad. La psicología se concentra en el hombre medio, cuando no en los casos patológicos, y de ahí deduce lo que es ser humano. Pero Abraham Maslow observó que, para conocer nuestro verdadero potencial humano, deberíamos estudiar a la gente extraordinaria, la que es capaz de tener experiencias en niveles altos de consciencia. Son los genios quienes representan el prototipo del ser humano, no «el hombre de la calle». Según Buda, «todas las personas mundanas están trastornadas».

Es cierto que todavía quedan algunos santos en el mundo —cada vez más escondidos, sin embargo, y, alarmantemente, mucho más escasos que antes—, pero, en cualquier caso, lo decisivo es que, hoy en día, ni los ojos de los gobiernos ni los de las masas se vuelven hacia ellos. Son los «astutos» economistas, los falsos profetas y los políticos populistas (sean «democráticos» o «fundamentalistas») quienes acaparan la atención, y usar la palabra «virtud» con relación a ellos sería simplemente una broma. (William Stoddart)

Al-Alawí:

Nos ves entre los hombres, pero no somos como tú nos ves,
pues nuestros espíritus resplandecen sobre las más altas cimas.
Nuestra inteligencia es una joya sin mácula
de única belleza: no percibe nada sino a Dios.

Shankaracharya presenta esta visión paradójica del sabio en su *Vivekachudamani*:

Regocijándose siempre en la suprema beatitud, a veces parece un tonto, otras un sabio, otras un rey; a veces parece un ignorante, otras está tranquilo; a veces es respetado, otras insultado y otras pasa inadvertido. Sin riquezas, pero siempre satisfecho; sin recursos, pero poderoso; sin placeres, pero siempre contento; diferente a los demás, pero viendo igualdad en todas partes. Aunque actúa, es inactivo; aunque experimenta los frutos de sus acciones, no es afectado por ellos; aunque tiene un cuerpo, no se identifica con él; aunque limitado, todo lo penetra. [...] Olvidándose de «yo» y «lo mío», se regocija continuamente en el *Atman*.

El *Yoga Vasishtha* define al santo así:

Aquél cuya mente es tan calma como la luz de la luna, ya sea al aproximarse una fiesta o una batalla, o incluso en el momento de la muerte, es en verdad un santo.

Para Ramana Maharshi, ante cuya presencia todos los visitantes decían sentir una profunda paz:

Hay que ser uno mismo un *jñani* [uno que «sabe», un sabio] para poder comprender a otro *jñani*. Sin embargo, la paz mental que inunda el ambiente en el que está un santo es la única manera de que el buscador pueda comprender la grandeza de dicha persona.

Los sabios han comprendido que su único ser es Dios, la Realidad omnipenetrante que es, en última instancia, lo único que existe. Ellos se limitan a reflejar esa luz, pues durante su camino han aprendido a eliminar de su mente todo cuanto podría obstaculizarla y presentarle resistencia. Dos grandes santos de tradiciones muy distintas, Ramakrishna y Basilio el Grande, lo explican de forma casi idéntica:

La luz del sol es una y la misma dondequiera que cae, pero solo superficies brillantes como el agua, los espejos y los metales pulidos pueden reflejarla perfectamente. Así es la luz divina. Cae igual e imparcialmente sobre todos los corazones, pero solo los corazones puros y limpios de los buenos y santos pueden reflejarla perfectamente.

Y como los cuerpos resplandecientes y traslúcidos, cuando cae sobre ellos un rayo luminoso, se vuelven brillantísimos y lanzan otro rayo luminoso, así también las almas portadoras del Espíritu, iluminadas por el Espíritu, se vuelven espirituales y proyectan la gracia en otros.

Jesús alertó contra los falsos maestros:

Guardaos contra los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos.

Los falsos sabios intentan imitar a los verdaderos. Jalal-al-Din Rumi escribe:

Los necios toman las monedas falsas porque son como las verdaderas. Si en el mundo ninguna moneda auténtica estuviera en curso, ¿cómo podrían los falsificadores pasar la falsa? A menos que haya verdad, ¿cómo podría haber falsedad? La falsedad recibe su brillo de la verdad.

Hay también una prueba casi infalible para distinguir a los sabios auténticos de los charlatanes: viendo cómo se comportan en el momento de su muerte. El santo que ha comprendido que él no es su cuerpo no teme a la muerte y se comporta con gran tranquilidad por muy avanzado que esté su deterioro físico. Los demás hombres, en mayor o menor medida, temen a la muerte.

En su lecho de muerte el sufí Al-Ghazali compuso estos impresionantes versos:

Di a mis hermanos, cuando me vean muerto
y lloren por mí, lamentándose con tristeza:
«¿Pensáis que yo soy este cadáver que estáis enterrando?
Juro por Dios que este muerto no soy yo.
Mientras tuve una forma, mi cuerpo
me sirvió como vestido. Lo llevé por un tiempo».

Para Shaikh Ahmad al-Alawí:

La fe es necesaria para las religiones, pero cesa de serlo para aquellos que van más allá y alcanzan la autorrealización en Dios. Entonces uno ya no cree, porque uno ve. Ya no hay ninguna necesidad de creer cuando uno ve la Verdad.

Si se celebrara un juicio para dictaminar la autenticidad y credibilidad de estos seres,

¿alguien podría imaginar que el tribunal fallara contra los sabios? ¿Sería concebible que todas estas personas, muchas de las cuales fueron grandes pilares de la cultura, la literatura, la filosofía y la teología, estuvieran todas —todas ellas, desde la primera a la última— engañadas? ¿Que hubieran perdido el contacto con la realidad hasta el punto de creer casi unánimemente en las cosas absurdas que contaban? Un tribunal no puede casi nunca probar de forma inapelable que algo sea cierto o no, pero emite su juicio basándose en las pruebas disponibles y en la confianza que le dan los testimonios emitidos. Para Frithjof Schuon,

el testimonio unánime de los sabios y los santos, sobre toda la superficie del globo y a través de todas las épocas, es un signo o un criterio que ningún hombre de buena fe puede despreciar, salvo que sostenga que la especie humana no tiene inteligencia ni dignidad [...]. Antes de rechazar de entrada como inaceptable la prueba mística o experimental, no deberíamos olvidar preguntarnos sobre la clase de hombres que la han invocado. No puede haber medida común entre el valor intelectual y moral de los más grandes contemplativos y el absurdo que su ilusión —si solo se tratara de eso— implicaría.

A menudo el yoga y otros caminos espirituales se han calificado de «científicos», pues proceden mediante ejercicios y experimentos mentales especificados que producen resultados previstos. Aunque no haya que exagerar demasiado el alcance del calificativo «científico» —pues se trata de dos campos muy distintos—, este tiene el valor de mostrar que se trata de métodos empíricos basados en contrastar la teoría con la práctica.

Según Titus Burckhardt:

En el mundo islámico la mística se considera una ciencia, transmitida de maestro a discípulo exactamente igual que la jurisprudencia, con la diferencia de que al discípulo se le exige una cualificación especial o, más exactamente, una vocación interior. Además, el aprendizaje teórico debe ir acompañado de la práctica espiritual, la única capaz de revelar el contenido de las proposiciones y los símbolos que se enseñan.

Verificar un experimento o proponer una teoría científica precisa de una alta cualificación y preparación previa, algo que no es posible para el hombre común. De entre los científicos que alcanzan este nivel, solo unos pocos lograrán renombre o incluso el premio Nobel. Lo mismo ocurre con el camino espiritual. Éste presenta además la siguiente dificultad: mientras que el camino del conocimiento exterior o científico no afecta a la persona, que puede seguir con sus defectos y pasiones, el camino interior o espiritual exige una transformación radical del que lo recorre, el cual deberá desplazar el foco de su consciencia del exterior, de lo periférico donde le llevan sus sentidos y tendencias mentales, al interior de sí mismo o a la divinidad amada. Según Matthieu Ricard:

A los contemplativos les lleva muchos años adquirir un conocimiento correcto y un control perdurable sobre su mente. De manera que no sería correcto argüir: «Vosotros los contemplativos pretendéis tener una comprensión certera de la consciencia. Pero ¿cómo puedo yo saberlo, dado que no puedo verificar vuestras afirmaciones?».

Ha habido una gran cantidad de místicos sobre la faz de la tierra. Algunos de ellos estaban perturbados y a menudo predicaban cosas extravagantes. Por eso, una prueba de autenticidad es cotejar sus palabras con las Escrituras y los tratados sobre contemplación existentes en su propia tradición. Muchos de estos tratados han probado su utilidad a lo largo de innumerables generaciones de contemplativos.

En la India, la *Mundaka Upanishad* expresa así este último estado:

Así como los ríos pierden su forma y su nombre al desembocar en el océano, de la misma manera los sabios se liberan de su nombre y su forma al alcanzar el espíritu supremo, más grandioso que lo más grande.

Heinrich Suso expresa esta identificación de manera similar a lo que los budistas llamarían *shunyatá* o «vacuidad»:

El hombre puede en esta vida alcanzar el punto en que comprende que es uno con aquello que es nada comparado con todas las cosas que uno pueda imaginar o expresar con palabras. Por acuerdo común, los hombres llaman «Dios» a esa nada, que es lo más esencial.

Ruysbroeck:

Todos los placeres de la tierra fundidos en un solo placer y derramados totalmente en un solo hombre, son nada comparados con la alegría de la que hablo; pues aquí está Dios que entra a raudales en nuestras profundidades en toda Su pureza, y nuestras almas no solo quedan llenas, sino que rebosan. Solo la luz de esta experiencia puede mostrar al alma la espantosa miseria de aquellos que viven sin amor.

Según el *Nārada Bhakti Sutra*: «No se debe entrar en discusiones [sobre doctrinas teológicas]. Numerosos puntos de vista son posibles, y ninguno de ellos es concluyente».

Si hay un Absoluto, un Infinito, no puede haber nada fuera de él que lo limite. «Nosotros» —pero no la apariencia de «nosotros»— somos ese Absoluto. Comprender nuestra unidad con Él es el fin supremo de la contemplación.

Se llega así a un estado que Ibn Arabí describe de esta forma paradójica: «El fin último de los gnósticos es que lo real es idéntico a ellos, mientras que ellos no existen».

En efecto, el ego, lo irreal, es lo más opuesto a Dios, la Realidad. Por eso Swami Ramdas explicaba: «Para el hombre cuyo ego es el principal obstáculo para la realización de la unidad de Dios, es pura ignorancia afirmar que él es Dios». Para evitar malas interpretaciones y desvaríos, tradicionalmente esta doctrina era solo enseñada a personas con las debidas facultades y entendimiento. Un discípulo de Shaik Al-Alawí observa:

La doctrina del autoconocimiento es peligrosa. El gran peligro es [...] que el buscador, por carecer del necesario sentido del Absoluto, inconscientemente «deifique un pliegue secreto del ego», imaginándose que es el Yo [*Self*].

Charles Upton explica:

Dios es ciertamente una Persona, pero si decimos que es *solamente* personal,

corremos el peligro de implicar que Él no es más que lo que concebimos que es, de encarcelarlo en nuestro nivel humano de entendimiento, de negar que se abre «por detrás», hacia el infinito.

No es posible concentrarse en la divinidad sin forma. Por eso, la mente necesita una forma (física o mental) sobre la que poder concentrarse, como mediadora hasta la verdad informal. Las diferentes tradiciones ofrecen diversas formas sagradas o personas santas para adorar, que evocan en el devoto sentimientos de devoción y sacralidad. La devoción hacia una forma divina es el camino más común y más sencillo para avanzar en el camino espiritual. Un camino desprovisto de sacralidad y de devoción a menudo se convierte en un juego de la mente.

Rama Coomaraswamy:

Es interesante observar que, en casi todos los campos o especialidades, el sentido común nos dice que necesitamos orientación, y la buscamos de los expertos. Pero cuando se trata de temas espirituales, la gran mayoría no duda en escogerse a sí mismo como experto y consejero. [...] Y sin embargo, irónicamente, vemos que muchos otorgan su confianza a individuos sin ninguna afiliación tradicional, y que en los medios de comunicación se proclaman a sí mismos guías para todos, normalmente a cambio de una sustancial retribución.

Las fuerzas del ser humano son muy limitadas. ¿Cómo podría, mediante su solo esfuerzo personal, llegar al objetivo último? ¿Cómo una acción finita y limitada podría tener una consecuencia infinita? Los santos insisten en que todo ocurre por la gracia de Dios o del maestro (el cual es un canal que refleja la gracia de Dios). La gracia podría definirse como la atracción que ejerce Dios o el *Atman*: el hombre no puede sino colaborar con ella.

Ricardo de San Víctor:

Este don es de Dios y no un mérito del hombre. Pero, ciertamente, nadie recibe nunca tal gracia sin un tremendo esfuerzo y un ardiente deseo.

Según Bayazid alBistami: «Eso de lo que hablamos nunca se encuentra buscando; sin embargo, solo los buscadores lo encuentran».

Sin buscar «experiencias» —estas llegarán cuando tengan que hacerlo, si lo hacen—, deberíamos concentrarnos en el crecimiento espiritual, el cual solo se obtiene con un trabajo constante y paciente. Espiritualidad real es aquella que transforma a la persona, no la que le otorga breves experiencias por sublimes que sean.

El crecimiento espiritual es como el de un árbol, que necesita la luz del sol y la humedad a lo largo de todo el año, aunque solo puede crecer visiblemente durante un período de tiempo corto. (Whitall N. Perry)